

PRÁCTICA DE LA DEMOCRACIA Y DESARROLLO INTELECTUAL¹

(1970)

«Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencie una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.»

Eloy Terrón Abad

La más sencilla reflexión sobre los efectos que el ejercicio de la democracia puede tener en las personas que la practican revela aspectos sorprendentes, en cuanto al desarrollo del pensamiento y de su medio de transmisión, el lenguaje. Pero, habida cuenta de la confusión actual, parece necesario -como medida preventiva- hacer algunas precisiones sobre qué se entiende aquí por democracia, cuál es la naturaleza del pensamiento, qué es el lenguaje, y cuál sea la relación de condicionamiento entre democracia, pensamiento y lenguaje y el desarrollo de la personalidad del individuo.

Democracia.

Para evitar confusiones y usos abusivos o enmascaradores del término *democracia*, conviene comenzar por precisar el sentido con que el mismo se emplea aquí. A saber: el derecho de todos los miembros adultos de una agrupación humana de vecindad (o de convivencia) a reunirse para discutir y tomar acuerdos por mayoría acerca de los problemas comunes a todo el grupo, y al nombramiento (y revocación) de los encargados de llevar a cabo los acuerdos que se tomen y de los representantes para los organismos legislativos centrales del Estado, del cual el grupo de convivencia es parte.

Se hace especial hincapié en el carácter democrático, así entendido, de la administración de los asuntos locales, dentro del marco general de las leyes del país. Pues lo que, en realidad, tiene mayor influencia sobre el común de las gentes es la vivencia (o experiencia) del ejercicio de la democracia a nivel de los asuntos locales, al ser éstos experimentados y comprendidos por los individuos de una misma localidad. Ahora bien, el ámbito de alcance del derecho del ejercicio democrático puede exceder al grupo de convivencia local y comprender otros grupos cuyas condiciones de vida sean similares (como los de una comarca, por ejemplo).

¹ Mecanoscrito, con fecha, a mano, de 11-15 de julio de 1970, en Madrid. Transcripción y revisión de Rafael Jerez Mir.

Pensamiento.

El *pensamiento* es el resultado de la actividad que define al hombre, consistente en recoger la experiencia ganada por el sistema nervioso en el curso de la actividad concreta del individuo, decantándola en las palabras pertinentes del lenguaje (del idioma).

Las palabras son los elementos materiales que condicionan la recogida de la experiencia, y la clasifican, ordenan, generalizan y hacen objetiva. Pero, a su vez y por lo mismo, las palabras resultan de la experiencia social acumulada en razón de la actividad concreta de los individuos; y, en tanto que receptáculos de la experiencia nacida de la acción, son los instrumentos reales y efectivos del *pensamiento*: no hay pensamiento sin palabras.

Por lo demás, las palabras, agrupadas en un todo fluctuante pero organizado, constituyen el sistema de respuestas del individuo frente a los estímulos del medio humano: esto es, constituyen la conciencia del individuo como un reflejo del medio interiorizado por éste. En este sentido, el conjunto de palabras interiorizadas y "traducidas" a la forma de experiencia encuadra y guía (determina) la actividad individual, y se enriquece en ella; o -dicho de otro modo- la experiencia decantada en palabras conduce la actividad del individuo y se enriquece por ella.

Lenguaje.

La función fundamental del *lenguaje* -su verdadera naturaleza primaria- es servir de vehículo de transmisión de la experiencia, de medio de comunicación. Sólo secundariamente -cuando se es capaz de "traducir" las palabras en experiencia propia, y decantar y clasificar la propia experiencia en palabras-, el lenguaje se convierte en una actividad interiorizada individual; sólo entonces, el lenguaje como comunicación -el diálogo- se convierte en una actividad individual sustitutiva del mismo: en monólogo.

El lenguaje, como lo exterior interiorizado, es el resultado de sustituir una respuesta a un estímulo (una acción) por una palabra. De manera que la palabra es una acción que se produce en lugar de otra acción; sirve, en principio, para inhibir una acción-respuesta.

El lenguaje -en su doble función de comunicación de la experiencia y de recogida y clasificación de la experiencia individual- es el sustrato directo de la conciencia. De modo que esta última está siempre condicionada por la riqueza del lenguaje dominado por cada uno, en cuanto cuadro determinante de la conducta individual (es decir, de la actividad real del individuo).

La experiencia es intransferible por completo, al no ser otra cosa que el rastro o huella fisiológica que deja la acción animal en el sistema nervioso de cada hombre. Pero la gran transformación que se produjo en el primate prehumano (y que se produce de nuevo en cada niño) fue la vinculación profunda y la relación biunívoca entre sensaciones individuales y palabras.

En la fase de recepción del lenguaje, la primera relación entre éste y la experiencia subjetiva se efectúa al unirse una sensación y una palabra -quema, moja, frío, etc.-. La unidad entre ambos elementos es muy íntima. La adquisición del lenguaje prosigue luego. Pero comienza a producirse la separación entre la adquisición de palabras y la vivencia de las sensaciones correspondientes; y, además, se inicia la adquisición de palabras abstractas, que no pueden

corresponderse con sensaciones, pero que se “traducen” a “sensaciones” valiéndose de lo aprendido en la primera fase de adquisición del lenguaje.

El individuo humano continúa teniendo sensaciones (sigue teniendo experiencia) y sabe correlacionarlas con las palabras, vincularlas a éstas; esto es, sabe recoger, clasificar y almacenar experiencia. Pero no puede limitar su vida al desarrollo de su propia experiencia para crear con ella un sistema de respuestas a los estímulos del medio; pues, sin el conjunto de respuestas producto de la capacidad de comunicación entre los demás hombres, perecería bien pronto. La contribución de la experiencia individual al desarrollo del sistema de respuestas a los estímulos de medio -de la conciencia del individuo- es, por tanto, insignificante; y la riqueza relativa de la conciencia individual depende fundamentalmente del aporte de experiencia obtenida por otros hombres y decantada en el lenguaje.

Cada individuo humano dispone, según esto, de dos fuentes de experiencia: la propia actividad concreta (la actividad productiva -en el trabajo-, sobre todo); y el lenguaje, como soporte de la experiencia ganada por todos los hombres de la misma cultura, pasados y presentes. En el mejor de los casos, cada hombre sólo gana experiencia de un sector muy limitado de la realidad, y, sobre todo, del aspecto o aspectos estrechamente relacionados con la actividad que le inserte en esa realidad. Pero el lenguaje permite salvar la limitación de la experiencia subjetiva, ya que, al comunicarse con otros hombres -al dominar un amplio sector del lenguaje-, es como si el individuo se enfrentara con la realidad por numerosos lados y a través de un número indefinido de hombres, al poder utilizar su experiencia (depurada, clasificada y organizada mediante el lenguaje) en la dirección de su propia acción concreta.

Tal es la ventaja, grande y extraordinaria, que distingue al hombre: la capacidad para enfrentarse con la realidad como si la observase a través de miles de pares de ojos, como si actuara sobre ella valiéndose de miles de pares de manos y como si meditara sobre ella a través de miles de conciencias. Cada hombre sólo dispone de esas dos vías de acceso a la realidad, y, como la de su propia experiencia es limitada (con una limitación insuperable), sólo le queda la segunda: la comunicación con los otros hombres para asimilar su experiencia a través del lenguaje.

Ahora bien, esa tarea no es tan sencilla como en principio parece. Cualquier adulto se cree capaz de escuchar, entender y asimilar lo que dice otro adulto. Pero esto no siempre -ni siquiera con frecuencia- es así. La gente rara vez escucha, y su dificultad para asimilar lo que lee es aún mayor; y tampoco el que habla, o escribe, suele ponerse en las condiciones adecuadas, normales, para que se le entienda.

El entender y el hablar son recíprocos. El que sabe escuchar (que es el primer paso para entender), y entiende, está en condiciones de expresarse con más claridad y tiene mayores posibilidades de hacerse entender. Como es bien sabido, el pensar -el genuino y auténtico pensar- es un monólogo inarticulado (no hay posibilidad de pensar de otro modo); y quien piensa de modo correcto es capaz de expresarse, luego, con claridad (esto es, domina con precisión el lenguaje).

Pero ¿qué quiere decir dominar el lenguaje? No se domina el lenguaje tan sólo porque se sea capaz de reconocer un número elevado de palabras (porque se recuerde alguna nota de cada palabra). Dominar el lenguaje es poseer las múltiples significaciones de las palabras en sus diversas relaciones, puesto que aquéllas sólo alcanzan su pleno sentido en las oraciones, o proposiciones, de las que forman

parte; pero, además, dominar las palabras del propio idioma implica un conocimiento profundo de la realidad, o -dicho de otro modo- la capacidad de “traducir” toda la experiencia acumulada en ellas por las generaciones pasadas y presentes.

El enriquecimiento de la propia conciencia por la asimilación de la experiencia de los demás exige, por tanto, el dominio de *la comunicación* (oral, ante todo, y escrita, en segundo lugar), de los recursos del diálogo: saber escuchar y saber hacerse entender. No es posible lo uno sin lo otro: uno no se puede hacer entender sin antes entender “algo” al que escucha: ¿cómo saber, si no, cómo tiene que dirigirse a él?

El que quiera hacerse entender tiene, pues, que haber adquirido antes alguna práctica escuchando y hablando. También debe tener el propósito de que le entiendan a uno y hablar de algo que interese a los que le escuchan. Pero, ¿cómo conocer los intereses de quienes le escuchan si antes no les ha escuchado él a su vez, tras incitarles a que hablen? Y ¿qué puede interesar a un hombre que, al mismo tiempo, interese también a otro? Porque, si tan sólo se habla de cosas banales, superficiales, es posible que los hombres se entiendan; pero eso no contribuye al diálogo, al enriquecimiento mutuo de las conciencias de los dialogantes. Para que el diálogo sea fructífero es necesario que el contenido del mismo interese, realmente, a los que dialogan.

Relación entre lenguaje y experiencia.

Ahora bien, una vez supuesto todo lo que antecede, no es difícil comprender cuál es la *relación entre la experiencia y el lenguaje*.

Tal y como se ha dicho ya, la experiencia son las huellas que la acción provoca en el sistema nervioso y que influyen en el desarrollo de la siguiente acción; y esas huellas son por naturaleza intransferibles, aunque el hombre ha logrado hacerlas comunicables valiéndose de unos elementos objetivos sensoriales, perceptibles por todos excepto por los sordos; a saber, las palabras, o sonidos articulados por el aparato glossofaríngeo humano.

Las palabras de cualquier idioma son convencionales, y las de los unos respecto a las de los otros. Pero hay algo en las palabras que no es convencional, sino objetivo, y que permite traducir de una lengua a otra. Se trata de la experiencia humana que en cada lengua particular se ha ido vinculando a cada palabra (cristalizando en torno a ella) y que constituye su significado: lo que la antigua filosofía denomina *concepto*.

Hay que rehabilitar esa vieja y casi venerable palabra -concepto-, ese instrumento de instrumentos, para utilizarla. El concepto (una vez desprendida toda la ganga teológico-escolástica y metafísica) tiene un significado, un sentido, claro, preciso y, hasta cierto punto, insustituible. En la acción sobre los objetos de la naturaleza por medio de las herramientas (que son, a su vez, porciones de la naturaleza), el hombre descubre constantemente nuevas relaciones: esto es, gana nuevas experiencias, tanto de los objetos sobre los que opera, cómo de las herramientas con las que lo hace.

Dicho de otro modo: los hombres, en su trabajo, ganan continuamente experiencia de los objetos sobre los que trabajan y de las herramientas con que trabajan. El progreso de la ciencia natural y el perfeccionamiento y especialización

de las herramientas así lo evidencian. Como también es evidente que el perfeccionamiento continuado de las herramientas contribuye a mejorar el conocimiento de la naturaleza sobre la que los hombres trabajan. Pues bien, se puede denominar *concepto* a la suma integrada de conocimientos de cada cosa que poseen los hombres en cada momento de la historia, y que, por lo común, se expresa (o se hace explícita) en *la definición*.

Esas “unidades provisionales” de conocimientos, que se encuentran en constante perfeccionamiento, difieren de una cultura a otra, y de una etapa a otra de la historia. Pero, en lo fundamental, *son convergentes*. Esto es: los conocimientos que poseen los hombres de las diversas culturas sobre cada objeto de la realidad tienden a hacerse similares y a identificarse. Tal es lo que hay de objetivo y real tras las palabras que realmente designan conceptos. Porque hay otras muchas palabras que no tienen tras ellas ningún concepto, sino pseudoconceptos o “ideas vagas”; son aquéllas palabras -¡tántas!- que se utilizan para enmascarar la realidad o proporcionar una falsa idea o imagen de ella. Pero, para los hombres, las palabras son tanto más significativas cuanto más familiarizados estén con las cosas designadas, y cuanto mejor posean los conceptos que indican las palabras.

Parece, sin embargo, que los conceptos pueden existir sin palabras, y, en especial, sin aquellas que los designan. Pero esto es falso. Por dos razones: porque la palabra comienza por ser el elemento objetivo -permanente- en torno al cual va cristalizando el sistema de conocimiento que es el concepto (y esto ocurre siempre en el desarrollo de cada hombre); y porque lo que el concepto es -su naturaleza, su contenido- está constituido por palabras en cuanto vehículos de las experiencias parciales integradas, unificadas en un todo que es el reflejo de la cosa (dicho de otro modo: porque el contenido del concepto, la definición, se enuncia o expresa en palabras).

Por consiguiente, el dominio del lenguaje, como reunión de simples palabras, no implica la posesión de la experiencia históricamente acumulada en los conceptos. Propiamente, dominar el lenguaje es poseer los conceptos, la experiencia que descansa sobre el mismo. Ahora bien, nadie puede acumular experiencia sin la posesión de palabras (del lenguaje), puesto que la experiencia que no se condensa en palabras se desvanece (no es verdadera experiencia).

Desarrollo de la personalidad del individuo

El proceso de acumulación de experiencia y de interiorización del medio a través del lenguaje (esto, la configuración de un esquema interior que sea un trasunto del medio exterior, eficaz para orientar o guiar la conducta del individuo) puede denominarse *desarrollo de la personalidad del individuo*. Aunque, en realidad, es el proceso por el cual se constituye el sistema de respuestas a los estímulos del medio, por otro nombre, la conciencia.

La conciencia se constituye en función de un largo proceso de interiorización de las relaciones del individuo con el medio humano. Pero son los otros hombres los que modelan y acuñan en los niños y en los jóvenes -inculcándoselas- aquellas constelaciones o conjuntos de respuestas que estiman que necesitarán cuando sean mayores y tengan que valerse por sí mismos. Es muy importante destacar esto: no es el niño el que elige; son los otros los que orientan y obligan la voluntad del niño valiéndose de diversos medios de coacción.

Ahora bien, el desarrollo de la personalidad depende de la riqueza de opciones que el grupo pueda presentarles a los jóvenes miembros del mismo; o, dicho con mayor precisión, de la complejidad social (o social-tecnológica) y de la multiplicidad de las relaciones sociales significativas del medio humano del que los jóvenes forman parte. De modo que, entre otras cosas, cuanto mayor sea el número de personas con quienes el joven miembro se relacione, más diversas y numerosas serán sus posibilidades u opciones (y mucho más numerosas y variadas las visiones “particulares” de cada uno de los individuos, determinadas por la perspectiva de la inserción en la realidad). Y, a la inversa, cuanto menor sea el número de personas que contribuyan a configurar la conciencia de un niño, más pobre, unilateral y rígida será su concepción de la realidad (esto es, su conciencia). Este último es, por cierto, el caso típico de las personas que nacen y crecen en caseríos, cortijos o aldeas muy pequeñas y dispersas, en los que las relaciones humanas son de una pobreza esterilizadora.

Democracia y personalidad

¿Cómo -y hasta qué punto- puede contribuir la democracia al desarrollo de la personalidad del individuo?

Por lo pronto, salta a la vista que el ejercicio de la democracia impone o exige relación y trato con numerosas personas. Pero se trata de una relación determinada, con unos rasgos propios, particulares; a saber, una relación de personas iguales entre sí (al menos formalmente), que poseen intereses comunes y a la vez intereses opuestos, y cuya formación no es idéntica sino que presenta diferencias notables. Cuando tales personas se reúnen para buscar solución a problemas, individuales y colectivos, tienen que procurar armonizar las distintas opiniones para llegar a conclusiones satisfactorias o, al menos, aceptables para los reunidos.

Una reunión de personas iguales entre sí crea unas condiciones favorables para el desarrollo del diálogo fecundo intelectualmente, porque, al no haber nadie con autoridad sobre los demás, no induce a los oyentes a la aceptación pasiva sino que les inclina hacia la orientación crítica. Pero también obliga al que habla a expresarse con claridad y a tratar de algo de interés general (que interese a todos), si quiere hacerse escuchar y entender. El que se dirige a los demás tiene que hablar de algo que les interese y que atraiga (que cautive) su atención, lo que le obliga a preocuparse por las cosas comunes y por las de los demás. Pero su discurso será inútil si no pone todo su esfuerzo en expresarse en un lenguaje llano, claro y preciso. Aunque esto último supone una dificultad añadida, pues, en una reunión entre “iguales”, cada uno estima que vale tanto como los demás y que nadie es más que nadie, lo que conduce a escuchar a los otros con un sentido demasiado crítico y a subestimar lo que digan.

Como es lógico, ese tipo de situación es el resultado de unas condiciones socioculturales que han empujado a los hombres hacia un individualismo hirsuto, erizado y asocial (por el aislamiento del individuo o por la provocación intencionada de desconfianzas y enemistades). Tal ha sido, en concreto, el individualismo, abstracto, predominante en España durante siglos: esto es, un falso individualismo y sin más finalidad que facilitar la empresa del dominio de los poderosos sobre amplias capas de la población. Es más: ese mismo individualismo negativo preside todavía hoy todas las reuniones en nuestro país, salvo aquellas destinadas a comunicar las decisiones de los que mandan y los oficios religiosos católicos (a los

que ahora llaman “esta asamblea”), en las que la masa no tiene más papel que el decir “amén” cuando se lo indiquen.

Las reuniones más o menos democráticas -que, por lo demás, son raras y evidentes excepciones- están presididas por ese individualismo abstracto, verdaderamente anárquico y destructor. Nadie escucha a nadie; se forman corrillos particulares: y, cuando alguien está en el uso de la palabra, todos los que “oyen” algo de lo que dice quieren contradecirle. Nadie es capaz de escuchar al que habla, de esforzarse por entenderle, para pedirle que aclare algún punto (que razone alguna afirmación o que amplíe alguna proposición), o para mostrarle los errores en que pueda haber incurrido. Nadie se esfuerza en escuchar a quienes se atreven a tomar la palabra, para comparar las opiniones expresadas (relacionando aquellas que, siendo dispares en apariencia, tengan fundamentos comunes) con el fin de desgajar lo que haya de pensamiento armonizable en ellas. Y esto, cuando sólo así se puede cooperar para ir tejiendo democráticamente un pensamiento objetivo y único (supraindividual, colectivo), como resultado de la integración de las distintas afirmaciones y de las diversas visiones de varias personas que contemplan un mismo aspecto de la realidad; un pensamiento que, una vez asimilado por todos los concurrentes, les proporcione una guía segura y eficaz para conducir las propias actividades.

Para llegar al descubrimiento y “beneficio” de un “pensamiento objetivo”, los hombres tienen que haberse ejercitado mucho, y con gran frecuencia, en la convivencia democrática. Aprender a sacar provecho de una reunión democrática, dedicada a discutir problemas comunes para buscar soluciones, aprobarlas y comprometerse a llevar a cabo su ejecución bajo una “autoridad” elegida para ello, no es nada fácil. Es más: es tan difícil, que incluso en reuniones con personas con una formación superior, éstas se muestran incapaces de sacar algún fruto de tantas y tantas reuniones como se celebran (no en España, claro está). En cuanto a nuestro país, el mayor enemigo es el que cada uno lleva dentro: un inviolable, indomable y crispado individualismo abstracto.

Cualquier observador desinteresado que -en el ejercicio de la democracia- presencie una reunión de personas con intereses comunes preocupadas por hallar soluciones realistas (objetivas) y eficaces para ponerlas en práctica, advertirá enseguida cómo surgen a la liza dos o tres opiniones distintas, y a veces hasta contradictorias en apariencia. Advertirá también cómo algunos de los reunidos toman posición franca a favor de una u otra opinión, y cómo otros inician de una manera titubeante el esfuerzo de integrar en un pensamiento, nuevamente formulado, lo que haya de valioso y objetivo en las opiniones emitidas al principio, hasta configurar un pensamiento vigoroso a partir de su integración. Cuando este pensamiento es asimilado de nuevo por todos los presentes y lo adoptan como propio, cada uno de los reunidos se ha superado a sí mismo gracias a los otros, y se ha elevado a un nivel superior de comprensión de la realidad. Éste es el resultado del ejercicio de la democracia real, directa y vivida.